

LOS PIES HELADOS ¹

Es sábado. Mamá aún no ha muerto. Tengo seis años. Todas las niñas de la escuela envidian mis tirabuzones. Yo lo sé. A veces las oigo cuchichear a mis espaldas. Me hago la tonta. Siento los pies helados. La estufa se ha apagado bajo las catiuscas. Sobre la repisa de la ventana van posándose los copos de nieve como palomas tímidas. Uno... dos... tres... cuatro... No se pueden contar. Son infinitos. Da escalofríos ver al cristo tan desnudo tan solo. La pared remana humedad. Una gotera cae justo en mi tintero. Doña Isidora pasea de mesa en mesa. Revisa las pizarras. De reojo. Su pescuezo de buitre se bambolea como si fuera un muelle. Lleva un moño deshecho. Le faltará una horquilla. Se dirige a la tarima sujetando la regla en el sobaco. Sube. Asegura las gafas en la nariz con la ayuda del índice. Carraspea para aclarar la voz. Se atusa las greñas. Me llama. El corazón galopa desbocado bajo la camiseta de felpa. Me pongo en pie. Acudo con la cabeza baja aguantando el sofoco. Treinta y ocho pares de ojos me contemplan. Tengo un hormiguero en el estómago. Me castañean los dientes. No lo puedo evitar. Ella me sonríe. O casi. Yo me desconcierto. Subo a la tarima. Estamos frente a frente. Elevo las manos temblorosas. Las uñas hacia arriba. No me atrevo a mirar. El silencio silba entre las telarañas. Pasan doscientos siglos. El castigo no llega. Entreabro los ojos. Veo que deja la regla sobre el mapa. Encima de Mongolia. Me desoriento. No sé que va a pasar. Se dirige a la mesa. De un cajón saca una estampa de San Bartolomé. La besa. Me la ofrece. Vacilo. Insiste. La tomo. Miro la imagen de San Bartolomé. Tiene rota una esquina. Al pie del dibujo ha escrito con lápiz: «como premio de aplicación... a tantos de tantos». Leo en voz alta por mandato de D^{ña} Isidora: «¡Comopre-mi-ode-a-plicación!». Todas me miran. Yo me siento orgullosa y azorada. Trago saliva. Tengo los pies helados. Elevo la vista. Sigue nevando en la ventana descomunal. El cristal de abajo ya está casi cubierto. Recibo un golpe en el cogote. No sé si es un cachete o una caricia. Guardo la estampa en el bolsillo del mandilón. Me refriego los mocos con la manga. Regreso al pupitre. Me siento. La chapa de la estufa me transmite el invierno a través de la goma. El chirrido del timbre me perfora las sienes. Nos levantamos todas. «En el portal de Bele-e-en hacen lumbre los pasto-o-ores para calentar al Ni-i-iño que ha nacido entre las flo-o-ores». Tengo los pies helados. Doña Isidora se quita el guardapolvo. Lo dobla. Lo mete en el armario. Se coloca el abrigo. Se marcha. Recojo el cuaderno y la pizarra en la bolsa de tela. Coloco el palillero en el estuche. Lo pongo en la bolsa. Por el agujero de abajo se cae el sacapuntas. Al estuche. Con el filo de la mano limpio el pupitre. Me refriego los mocos con la manga. Cuelgo la estufa del brazo. Está muy fría el asa de alambre. Taladra la rebeca. Abotono el «impremiabre» camino del pasillo. De la calle. De las vacaciones. Vuelve a sonar el timbre. Tengo los pies helados. Desciendo de ocho escalones de piedra que me separan de la plaza. Los dos últimos han desaparecido. Hay una alfombra blanca de tapa cuanto veo. Disimulo la raja de la catiusca izquierda introduciéndola en la nieve casi hasta la rodilla. Ya estaba rota cuando a mamá se las dio la señora de Julia el invierno pasado. Eran de Margarita. «Tenga, mujer. Que las aproveche la criatura». He olvidado el pizarrín corto. Ya no vuelvo. Es igual. Trato de calentar mis manos ateridas. El aliento sale congelado de la boca. Los sabañones pican como si fueran piojos. Oigo gritar mi nombre. Mi padre aparece al fondo de la plaza. Las piernas blancas. Los brazos blancos. Las manos negras por debajo. Hoy no ha ido a la mina. En cuatro zancadas se pone ante mí. Yo me abrazo a su pelliza nevada. Saco la estampa de San Bartolomé del bolsillo del mandilón. Se la muestro excitada. No parece entusiasmarme. No la lee. No sabe. Me coge sobre su brazo fuerte. Enfundo la cabeza en la capucha del «impremiabre».

Siento los pies helados. Mi padre hecha a andar. Yo me aferri a su cuello. La nieve cruje sorda bajo sus botas gigantescas. El pueblo entero es blanco. Pasamos junto al cementerio. Por encima de la tapia veo muchos montoncitos. Juntos. En fila. Quitos. Como sacos de lana. Se está haciendo de noche. Siento los pies helados. Mi padre se detiene. Levanta el aldabón y empuja las tres tablas que quedan en la puerta. Hemos llegado a casa. Cruzamos el corral. El portal. El oscuro pasillo. En la cocina da el último hervor el puchero de berzas. Nos sentamos en las cinco tajuelas. Mamá alza la tapa del candil y añade aceite. Desde la pocilga llegan los gruñidos del marrano. Fabián y Pedro están tiritando. Todos estamos tiritando. La morcilla que cuelga de la chimenea se mueve con el aire. Mamá coloca el candil sobre la mesa. Vuelca las berzas sobre la cazuela de barro. Coge el jarro de agua y apaga los tizones. Los retira humeando fuera de la ceniza. Sigue echando agua hasta formar un charco. Remueve con las tenazas los últimos rescoldos bajo la parrilla. Extiende cinco rebanadas de tocino sobre los hierros hollinosos. El nivel va descendiendo en la cazuela. El caldo está caliente. Las sombras se proyectan fantasmales en la pared ahumada. Mi padre saca la bota que guarda entre la piernas. Bebe un chorro de vino interminable. No se cómo acierta con la boca. Vuelva la bota a su lugar después de taparla. Mamá da vuelta a los tocinos. Tengo los pies helados. Me refriego los mocos con la manga de la rebeca. Fabián me da una patada y yo a él un pisotón. Pedro rebaña las farrapas que quedan en los bordes de la cazuela. Sobre la tabla del vasar algo se ha movido. Debe ser un ratón. Mamá nos entrega la ración de tocino con un trozo de pan. A Fabián es al que más le dura. Cinco mordiscos. La grasa nos resbala por los dedos. Los chupamos uno por uno. Mi padre da un bocado a la guindilla. Tose. Vuelve a beber. La minúscula llama crepita en el candil. Mi padre lo coge por el asa. La bota en la otra mano. Vamos todos tras él hasta la alcoba. Pone el candil entre las dos camas. En el suelo de lanchas sin pulir. Sacudimos las mantas. Todos los días cae tierra del techo. Hay nido de ratones entre las tablas y el ramajo. Mi padre cuelga la bota del travesaño de la cama grande. Orina. Pedro también. Luego mamá. El orinal se llena. Fabián lo lleva a la pocilga. Regresa con él vacío. Orinamos los dos. Yo la última. Nos acostamos. Mamá y mi padre en la cama grande. Nosotros tres en la pequeña. Yo junto a la pared. El jergón tiene un bulto que se clava en la carne. Fabián y Pedro se pelean a pellizcos. Me arrebatan la manta. Me arrinconan. Me estrujan. Mamá dice «feliz nochebuena». Mi padre repite «feliz nochebuena». Pedro apaga de un soplido la llama del candil. Los bichos de la madera hacen ruido en las vigas. Me estoy aplastando los tirabuzones. Los hierros de la cama grande también hacen ruido. Se escucha la respiración acelerada de mamá. Suspiros ahogados. Se queja. Debe dolerle algo. Mi padre también respira muy aprisa. Como si trabajara. El viento aúlla entre la tejas. Me refriego los mocos con la manta. Intento dormir. No puedo. Tengo los pies helados.

Diamantino E. BRAGADO MONTERO

1.- Primer Premio del Concurso «Antonio Marín». Año 1990